

## En homenaje a Max Aub

Joaquina Rodríguez Plaza

Universidad Autónoma Metropolitana

Unidad Atzacapotzalco

El tema que he escogido para hablar de Max Aub soy yo. Es decir, deseo expresar lo que Max Aub me dio, lo que él dejó en mí, lo que me aportaron sus libros: sean las novelas, los cuentos, el teatro o todo lo demás, que no fue poco.

Puesto que lo capitalizado por mí queda todo en la columna del “haber”, pido tener en cuenta que el cómputo enaltecedor es una operación sentimental que nada tiene que ver con la crítica literaria.

¿Cómo no agradecer a Max Aub el que me haya explicado lo que significaba ser exiliado? Fue él quien me enseñó, en primer lugar, a entender a mis padres, de quienes la guerra civil del 36 me había separado a la edad de dos años. Cuando cumplí los diez, llegué a México junto con mis dos hermanas, apenas mayores que yo, para reunirnos, al fin, con ellos. Además de conocer a un nuevo hermanito mexicano, estaba conociendo a mis padres: ¿Quiénes eran esos señores que, casi a gritos para hacerse oír entre la multitud del aeropuerto, decían “soy papá”, “soy mamá”, mientras sonreían y lloraban a la vez? Todo me era extraño. No entendía nada. En lo que no tuve confusión ninguna fue en un sentimiento clarísimo de soledad: estaba sola en el mundo.

En mi casa de México, nunca se hablaba de la guerra, ni de los motivos por los cuales una parte de la familia estaba aquí, y otra se había quedado allá en España. La razón era que mi padre deseaba que nosotros, sus hijos, nos asimiláramos cuanto antes al nuevo país. Y si bien las consecuencias de la guerra civil estaban dentro y alrededor de mí, el

silencio amoroso de mi padre y mi falta absoluta de palabras para nombrar sentimientos y desconciertos, me mantuvieron in albis durante muchos años. ¿Cómo no agradecer a Max Aub el que me enseñara a entender la nostalgia, la frustración o la cólera de mi madre, cuando ella no encontraba en los tomates, los guisantes, la carne que traía a casa, el mismo aroma, dulzura, suavidad, que los de su pueblo?

¿Ser refugiados? ¿Qué quería decir eso? Si la experiencia heredada la viví en la inmediatez cotidiana, con Aub aprendí, en buena medida, a verbalizarla. Varias de las piezas dramáticas que leí reflexionan acerca de cómo vive el refugiado su situación, durante los primeros años. (No me atrevo a decir cuántos, porque el tiempo es subjetivo). Baste recordar la titulada “Tránsito”. Tránsito es el nombre de la otra mujer del protagonista exiliado. La primera se quedó con los hijos en España cuando él tuvo que huir y, sin embargo, es con ella, con la primera esposa, que mantiene contacto real y permanente, ya sea de forma epistolar o mediante soliloquios del insomne agonista. A Tránsito no la puede amar porque es transitoria. El refugiado se ha convertido en un aventurero sin futuro para quien cada día es un paso en el vacío. Los intereses se quedaron allí en España, allí sigue estando su vida entera: los hijos y los ideales políticos que desea mantener vivos. El océano no ha separado nada de lo que el exiliado aprecia.

No menos desgarradoras son otras obras, también de un solo acto –“A la deriva”, “El puerto”, “El último piso”– cuyos personajes dialogan, polemizan, discuten ante el público, es decir, ante esta lectora, para irme descubriendo distintas situaciones dramáticas, que yo sabía eran tan reales como los tíos o amigos de mis padres que llegaban a casa.

¿Cómo no agradecerle el que me ayudara a reflexionar sobre el origen de los rechazos de aquellos “ustedes..., los españoles...”, que me apartaban de las vecinas hacia otro lugar, presente en ausencia; cuál el origen de agresiones e insultos como el de “pinche

refugiada” o incluso “pinche gachupina” –que ya es el colmo, como bien dice Guillermo Sheridan en su artículo para *Letras Libres*, dedicado mayormente a esto del exilio– ; o, por el contrario, explicarme la sonrisa de simpatía de un “pinche gachupín” cuando le pedí unas “cerillas” en lugar de unos cerillos? Pues bien: los textos de Max Aub me enseñaron a reflexionar sobre mí y mi circunstancia. Su obra dio cuerpo y materia a mis experiencias personales e intuición de otros modos de asimilar y vivir el exilio.

No sólo me ayudó a entender todo eso, también a valorar la conducta moral y el compromiso social de muchos exiliados; entre ellos, mi padre; pues cuando él recibía a una enferma carente de recursos económicos, no sólo no le cobraba la consulta sino que le daba dinero para que pudiera comprarse la medicina recetada. Max Aub me hizo apuntalar la conjugación inseparable de ser republicano y demócrata a la vez. Conjugación que me fue difícil aceptar como divorcio en los Estados Unidos, cuyos partidos demócrata y republicano son opositores. Pero, en fin, eso es otro asunto.

¿Qué más puede dar un escritor a todo lo que llevo dicho? ¿Acaso se le puede pedir más?

No lo pedí, pero me dejó más aún: una gran admiración por su energía creadora inagotable. Su corazón se agotó mucho antes de consumir todos los proyectos que tenía en mente: su *Alicante*, por ejemplo, ya nunca alcanzó a escribirlo. Deben existir muchos creadores que han dejado guardado en cajones sus bocetos, sus proyectos; en general, lo rechazado suele exceder a lo conservado y realizado. Al dar por terminada una obra, suele experimentar el artista una pena, una tristeza inevitable ante las ilimitadas posibilidades que se le presentan a su imaginación, percepción, intuición. Max Aub procuró siempre no dejar nada en el tintero y, sin embargo, podemos constatar en sus *Diarios* que aún hubiera deseado dar forma literaria a sus muchas inquietudes, ideas y juicios. Energía, pues, para

hacer muchas cosas: para conversar o poner a conversar a sus personajes, energía para discurrir, dejar correr el curso del discurso de forma abierta acerca de distintos temas, aunque no tan distintos como para componer textos apartados, ya que la política está en todo, incluida desde luego la literatura. Hombre de la polis por un lado, y creador, sin séptimo día, por el otro; dictando el “hágase” a sus dos secretarias –la de la mañana y la de la tarde– cuando ya pudo gozar de esas ayudas en México. Gestando hijos y más hijos – como dice Soldevila en sus análisis críticos sobre la literatura de Max Aub–, gestando personajes para enfrentarlos con discusiones interminables sobre el arte en general, quitándose la palabra unos a otros; pero aprovechándome yo de la de todos ellos para sentipensar acerca de asuntos diversos: pintura, teatro, literatura; y dándole voz a las muchas miradas que escudriñan las razones o sinrazones, lealtades o traiciones del tejido social que le tocó vivir tanto en España como en México; sin olvidar, por supuesto al *Imposible Sinaí*.

“Hacer es robar” dice Jusep Torres Campalans en su “Cuaderno verde”. Así es. Todos nos robamos a todos. Asimilándonos los unos a los otros es como aprendemos y vamos construyendo nuestra identidad. Y, aunque la identidad sea el asunto más friable de la vida, más inaprehensible, más efímero, yo aprendí de Aub a esbozar mis propias preguntas existenciales, partiendo de las planteadas por él continuamente en sus textos. La necesidad de autoexamen, la urgencia de aclararse quién se es, es urgente y explícita en varias de sus primeras piezas de teatro, escritas en 1924. Por ejemplo, en *Una botella*, cuyo protagonista principal es una botella enorme que aparece en la escena y, según sea quien la mire y el lugar desde donde la mire, la ve con marbete o sin él. Cada uno de los personajes que va subiendo al escenario –incluidos el Autor, el Apuntador, el Espectador–, da su punto de vista razonado –incluidos los puñetazos– sobre la verdad de lo que ve. Por supuesto que

todos tienen razón. Pero aquí está el problema metafísico de la incompletud (o de la incompletitud, como dicen los españoles de España) en el que yo aprendí a pensar gracias a Max Aub, aun antes de que Gödel nos lo demostrara matemáticamente. ¿Quién soy yo? Se pregunta Max Aub. ¿Me voy construyendo por mí mismo o lo hacen quienes me pegan la etiqueta? ¿Es la mirada de los otros la que me hace ser, o estar siendo, lo que voy siendo?

¿Dónde está la verdad?, ¿qué es lo real?, se pregunta también Don Nicolás, el protagonista de *El desconfiado prodigioso*, quien obra prodigios porque su verdad, y por tanto lo real, es lo que ha compuesto su mente imaginativa.

Cuando componía aquellas farsas circenses, Max Aub tenía 20 años. Cuando cumplió los 67 y vio representar *Una botella* en el Centro Social y Deportivo de San Juan de Aragón, no se entusiasmó al admitir que esos mismos fantasmas huidizos de la identidad continuaban persiguiéndolo. (Esta confesión es del 24 de mayo de 1970, que seguramente recogerá Manuel Aznar Soler cuando edite el tercer volumen de *Diarios*). Pero, cuando yo leía esas piezas en un acto y pensaba en los veinte años de Max Aub, tenía, y sigo teniendo al recordarlo, un sentimiento de alegría por la vitalidad que emanan; por la fluidez de sus “gramáticas de la creación”, como diría George Steiner, para imaginar posibilidades de que ocurrieran otros finales de obra, por esa capacidad de establecer hipótesis: “si hubiera pasado tal cosa, si hubiese inventado otro personaje más con una idea opuesta, si en lugar de afirmar, desmintiera con argumentos lo contrario”. Así, lanzando a sus personajes pirandellianos para que encuentren sus propios planteamientos, cambia, trastorna, dinamita posibilidades. En el centro de esas posibilidades, de esas situaciones aleatorias, está la clave de la esperanza que nunca abandonó al escritor y de la cual me gusta seguir contagiándome.

Max Aub inventaba personajes para intentar salirse de sí y ver desde afuera. Como salirse de sí mismo es imposible, pues es irremediable para todo escritor mirarse a sí mismo

para decimos cómo somos cada uno –pensemos en Montaigne, en Rilke, en Kafka–, se inventaba personajes mezclando atributos conocidos de unos y otros: Serrador, Julián Templado, José Cuartero, Pilar Nuñez, Asunción Meliá. ¿Perdurarán estos *dramatis personae* en la memoria lectora tanto como Hamlet, Don Juan, Emma Bovary? Probablemente no, porque los personajes del *Laberinto español* somos todos a la vez, somos la masa más o menos anónima constitutiva de la épica novelística de Max Aub, pero tan rotundos, orgánicos y vitales como los antes citados. Aub era imparable en la habladera. Tenía que fraguar cientos de personajes más para poder pensar y discutir con ellos, gozaba de una especie de compulsión de verse en otros para entenderlos y entenderse; acaso por la necesidad de descargarse de su propia historia llena de experiencias complicadas: exilios, prisión, campos de concentración, fugas de las que era imperativo fugarse. Pero, ya sabemos que la fuga es imposible, todo lo más consiste en tener conciencia de lo que ocurre a nuestro alrededor e irlo asimilando, aceptando, para, finalmente, resistir, mientras seguimos mirándonos en el espejo. ¿Egocentrismo? Por supuesto que sí. Pero ¿por qué adjudicar al sustantivo, esto es, a lo que es nuestra sustancia como seres humanos connotaciones negativas? El yo ocupa el centro, pero sólo momentáneamente, porque al ponerse en el lugar del otro y ser, en verdad, otro, Max Aub está, literalmente, alternando aquel lugar con los infinitos puntos de la circunferencia, con los plurívocos juicios acerca de la índole humana y de sus actos consiguientes. Nada podríamos pensar ni hacer si no imaginamos a esos otros que nos permiten ampliar nuestras miras; y Max Aub se ponía en el lugar de tantos personajes que también aprendí de él que en un ser humano pueden caber todos los demás, al menos en potencia. Hombre de muchas máscaras, se le ha llamado; pero no las ostenta para ocultarse, sino para verse en otros, como en su *Antología traducida* (1963), donde se nos muestra correlativamente como un poeta cananeo del siglo IV anterior

a nuestra era, después como una poetisa jónica del siglo VII a.de C., más adelante como un teólogo veneciano del siglo XIV, escritor de ensayos, y otros sesenta y tantos escritores más de distintos orígenes y diferentes épocas; para que no quepa la menor duda de que uno aprende a sobrevivir a través de, con, sobre, tras los otros.

Fue el deseo de emularle en sus conocimientos, en su erudición y cultura lo que me llevó a otros libros de otros autores. ¿Cuánto debe leer un escritor? Si es narrador, todo lo que pueda. ¿Cuánto una maestra? Lo mismo.

Lo bueno es que yo no deseo escribir, pero he de admitir que admiro tanto más ese deseo irreprimible de Max Aub por la escritura, cuanto más temor experimento de caer en la trampa de ella, pues como dice el poeta Francisco Hernández:

Si no es una trampa, escribir es,  
al menos, una caída al pie de la letra.

Pero qué bien, qué admirable valentía la de Max Aub, ese joven perpetuo capaz de exponerse a la crítica, de arriesgarse ante todos, pero incapaz de abandonar su deseo de ejercitarse en la escritura. Ciertamente es que no se detenía mucho en corregir lo escrito. En alguna otra ocasión, ya dije que Max Aub trabajaba en lo suyo como el protagonista de su cuento intitolado “Los pies por delante”: aquel hombre orgulloso de su oficio de carpintero, prefirió, si la caja del muertito había quedado chica, cortarle los pies al cadáver de quien había sido un famosísimo bailar de flamenco, antes que deshacer su obra de carpintería. Y es que Max no se detenía en gollerías de pulimentos de ebanistería, tampoco en hacer adaptaciones de sus obras destinadas a públicos de habla distinta; y ¡por supuesto que le

pesaba!, pero más le pesaban los nuevos personajes que debía inventar y la enorme cantidad de situaciones sobre las que se sentía obligado a meditar.

Qué atrevimiento, qué envidia de la “buena”, de querer ser así: no cejar, no dejar nada fuera de la página, qué deseo tan fuerte e inagotable y, encima, no tener miedo.

Soy como me ven, colige Máximo Ballesteros en *Juego de cartas*, jugando con los personajes de esta novela, a fin de que el acusado se convierta en acusador. Cincuenta y cuatro misivas en cincuenta y cuatro naipes –ilustrados por el ilustre pintor Jusep Torres Campalans– que de nuevo plantean el asunto de la identidad y, más importante aún, el de la autoría. El autor ya no es el que escribe, sino el que interpreta. Juego colectivo y azar, porque los jugadores se van formando una opinión, es decir, un prejuicio, según y como salgan los naipes. El padre de mi amiga Elena Aub siempre tuvo suerte porque, al fin de cuentas, nunca dejó de jugar con las palabras y, ¡claro!, ganó por la mano.

Jugar con las palabras para descubrirse a sí mismo siempre fluyente, siempre cambiante, que las palabras saben más de nosotros que nosotros de ellas. Jugaba y se divertía –se vertía en otros– divirtiéndonos. Vuelvo a citar a Soldevila porque él hizo un análisis exhaustivo acerca de esos juegos de palabras, para mí tan gozosos; para otros, excesivos, por innecesarios. Ese exceso fue para mí benéfico mientras leía a Max Aub, pues me vino muy bien tener que consultar el diccionario con frecuencia, pues mi lengua materna, y paterna, era bastante deficitaria y no tenía palabras que ponerme. Por eso estoy tan agradecida al señor James Valender de que me haya invitado a venir aquí hoy y me vea obligada a recordar cuáles fueron mis ganancias. (Aunque “una cosa es el recuerdo, y otra el recordar”, decía Antonio Machado; y aunque Max Aub se arrepintiese muchas veces del facilismo de algunos de esos juegos, de ese arte combinatorio que a veces se desplomaba en lo sainetesco; y aunque él hubiera preferido eliminar de la página la agudeza momentánea

en la que caía con frecuencia, aquella cuyo éxito no proviniese de lo cierto sino de lo agudo.) Pero cuando Max Aub une la gracia con el acierto, el disfrute es pleno. Como cuando dice, creo que Jusep Torres Campalans: “Modigliani ¡qué gran pintor japonés!”

Su sentido del humor es lo que más me ha ayudado a ver la tragedia de la vida sin ánimo trágico. Después de haber dado tantas razones en sus *Campos*, decidió, en algunos momentos, que era preferible tener gracia a tener razón, o, mejor dicho, a conjugar ambas en los textos intitulados *Crímenes ejemplares*. Aub tenía la óptima coartada: la arrebatada necesidad de salvar al mundo de la falta de respeto y consideración hacia los demás, de la falta de autocrítica; salvar al mundo del abuso de autoridad, de la mentira, de la excesiva seguridad en sí mismo, de la soberbia. Los resultados textuales de ese combate entre lo que nos ocurre y lo que se nos ocurre, fueron verdaderos ejemplos, enseñanza y modelo para mí de cómo matar a mis desemejantes sin dejar manchas de sangre en la alfombra. Quiero decir que –volviendo a aquello de que hacer es robar– no es que robase sus ideas o sus palabras, no, no; sino que mi furia coincidía perfectamente con el estilo de sus *Crímenes ejemplares* y, simple e inocentemente, me dispuse a cometer los míos, justificándome para mis adentros de que en el siglo XVIII, la *imitatio* tenía un valor positivo, que siglos posteriores borraron llamándolo plagio. El caso es que se imprimieron en mi universidad unos *Crímenes para la beneficencia pública* cometidos por ésta que confiesa. Claro que por añadir más vanidad al asunto, más me hubiera gustado que los editara Vicente Ferrer, quien congregó a muchos artistas para componer en Media Vaca una maravillosa obra de arte con los *Crímenes ejemplares* de Max Aub. Por cierto, fue Vicente Ferrer quien me hizo ver que el cuento más corto no era el de Augusto Monterroso, sino el de Max Aub, cuando dice: “Lo maté porque era de Vinaroz.”

También me dejé contagiar de la libertad que otorga el juego, al ordenar los papeles privados de Aub, inventándome una “Conversación post mortem” que sirvió de introducción a una antología –muy mal editada, por cierto– de algunos cuentos y prosas breves de Max Aub.

Si Max oyese todo lo que vamos diciendo de él, se quedaría de piedra. Él, que no paró de quejarse de que sus obras dramáticas no se representaran; de ser tragado por la tierra sin dejar rastro, de que no tuvo maestros ni escuela formal que, digo yo, le malformara; de que, con frecuencia, tuvo que pagar él mismo sus ediciones; y su mayor dolor: de que nadie le leía; se quedaría de piedra, digo, de que aquella joven de 23 años, amiga de su hija Elena, estuviera hoy manifestando el agradecimiento por todo lo aprendido de él. Ahora, que tengo la misma edad de Max al morir, me percató de lo joven que él era y lo mucho que le gustaba jugar.

(29/08/03)